BALSEIRO, RUBÉN

AQUÍ

Aquí
está la noche, agigantándose
crujiendo como vieja madera de navío
azotado por látigos de sombra.

Aquí
está la noche, latiendo,
lenta como un corazón moribundo.
Y las pequeñas casas
con sus puertas cerradas
y el resplandor furtivo en las ventanas
de sus sedientos ojos amarillos.

Aquí
está la noche, y yo,
una garganta seca,
desnuda,
que grita.

ELLA

A Mirta

Ella recoge un sueño,
hace tiempo le digo
que la tarde se pierde si están tristes sus ojos.
Yo camino muy lento y la busco.
Apenas soy un hombre,
un niño apenas
que titubeante busca el amparo en su mano.

Ella recoge un sueño
en donde todo es verde,
como el mar,
como los árboles,

hace tiempo le digo
que de mis manos se caen las cosas
si sus manos no me ayudan a tenerlas.

Apenas soy un niño,
un hombre apenas
que sabe del dolor y del silencio.
Cuando el dolor acecha
deja huellas de sombra,
rumores que golpean en la espalda.

Ella recoge un sueño
hace tiempo le digo
que lo guarde,
pero ella insiste en agitarlo,
en soplar y abrir las manos;
es entonces
que los pájaros vuelan por el aire.

LA CASA

Aquí
están todos los recuerdos;
una valija, un pájaro,
la sombra balanceándose en la opaca pared
de un cuarto de abandono,
el fulgor del hogar en el otoño,
un gesto,
vidrios empañados que no ven los ojos.
Tantas cosas y a veces
pequeños objetos en un cofre,
huellas de polvo gris en la mirada,
cartas que condensaron el dolor, la alegría,
y el crujir misterioso de la lluvia o el viento.

... todo lugar es de algún modo
eco de lo que en él dijimos,
rumores que no escuchamos
sino en esos momentos
en que la soledad golpea a nuestra puerta
y penetra en la casa
como un viajero hastiado de andar por los caminos...

Entonces,

en las sombras,
acechan los fantasmas de un ayer incierto,
chisporrotean tizones,
y son los viejos ecos
monólogos ardientes de las horas perdidas.

Acordes de una música venida desde lejos,
nos traen la apariencia
de la mujer que deja deslizar sus vestidos
al abrigo del fuego,
como sagrado rito donde el sexo se pega
a las piernas mojadas
por el mar o el rocío.

Todo deja su marca,
como el viento en las rocas.
Todo vuelve a nacer
y los viejos rumores son ahora silencios
tan poblados de voces,
que apenas nos permiten dormir por un instante,
esperar a la muerte
con las puertas abiertas.

LA RED DEL PESCADOR

La red del pescador
es menos misteriosa para el pez
que la red de la vida para el hombre.
Porque el hombre navega en otras aguas,
en ríos más tortuosos y secretos;
en esos laberintos donde mueren los pasos,
que los menos audaces
denominan destino,
y unos pocos pasión.